

mirada favorable sobre la criminal descendencia de los hijos de Adan. Hemos pecado, hemos errado las verdaderas sendas. Mas ¿cómo podremos volver á ellas, si el conductor nos falta? Entre las espesas tinieblas de este mundo, ¿cómo podremos caminar seguros, si no sois para nosotros una columna de fuego que nos ilumine? ¿Ó quién podrá templar el rigor de los rayos del Sol de justicia sobre nosotros, si no nos servís de columna de nube que nos defienda? No somos dignos de tanto beneficio; mas sois madre nuestra y del divino Salomon. Pedidle, os rogamos, por la paz de la Iglesia, por la exaltacion de nuestra Fe católica, por la salud de nuestros gobernantes, por el bien de nuestra nacion, por la conversion de todos los pecadores, principalmente de los que estamos congregados en vuestro santuario, para que todos conozcamos y amemos á Dios, que vive y reina, Padre, Hijo y Espíritu santo por todos los siglos de los siglos. Amen.

DISCURSO

DE

NUESTRA SEÑORA DEL ROSARIO.

(DE TRONCOSO.)

Benedicta tu... à Domino Deo excelso præ omnibus mulieribus super terram. Benedictus Dominus... qui te direxit in vulnera capitis principis inimicorum..., quia... nomen tuum ita magnificavit, ut non recedat laus tua de ore hominum.

Bendita eres tú .. por el Señor Dios excelso entre todas las mujeres que existen sobre la tierra. Bendito sea el Señor... que dirigió tu mano, para que exterminases al caudillo de los enemigos... porque... tu nombre ha sido de tal modo glorificado, que tus alabanzas no faltarán jamas de la boca de los hombres.

Judit, c. 13. v. 23, 24 y 25.

Hace ya mas de diez y ocho siglos, que comenzó una lucha la mas decidida y encarnizada entre la verdad y el error. Más de una vez se vió fluctuar la nave de Pedro en medio de las horrorosas tempestades que le suscitaron los hijos del averno; más de una vez se la vió disputar con los vientos el triste momento de su naufragio. Por una parte la idolatría, protegida por la espada de los Césares, intenta interceptar los progresos de esta Religion divina fundada sobre la roca inmóvil, Cristo; por otra el judaísmo fanático, autorizándose con la antigüedad de su culto, pretende derribar este brillante coloso, que comienza ya á dominar sobre la cumbre del Capitolio. Tras estos el áspid tortuoso de la herejía, apurando los quilates de su saña, declara una guerra eterna, interminable, contra esa esposa inmaculada del Cordero, la asalta, la acomete, pone en movimiento sus ardidés maquiavélicos é impíos, se coliga con las de-

mas sectas, únese á ellas el Alcoran, el ateísmo, el cisma, la impiedad, el filosofismo y la depravacion general de costumbres: cada siglo ve levantarse nuevos enemigos que se mancomunan y estrechan con los mas horrorosos juramentos, para conspirar á su completa ruína y exterminio.

Pero entre todos el siglo XIII ofrece á nuestra vista el cuadro mas triste y lamentable; siglo en que el error entronizado parecia destinado á dar sus leyes á las naciones todas del universo. Vióse el Oriente inundado de los sectarios de Mahoma; la cátedra de Pedro invadida y atropellada por un emperador cismático; las mas floridas regiones del Norte infestadas con la ponzoña de la herejía; la Francia corrompida con la secta de los waldenses; la Lombardía con los delirios de los cátaros y patarenos...; pero á dónde voy? Básteme decir que este siglo malhadado fué en el que se desarrolló la herejía de los albigenses, hidra funesta, caracterizada con los infames distintivos con que el Espíritu santo describe la bestia del Apocalipsi, y que era un compendio de los mas crasos, al par que los mas funestos errores. Siglo aciago, siglo inmoral, siglo deslumbrado é impío! En él se negaba con Arrio la consustancialidad del Hijo; mirábase con Macedonio al Espíritu santo como inferior al Padre; María, segun el impío Nestorio, era despojada de su dignidad augusta de Madre de Dios; y entretanto el cristianismo dormia sepultado en el mas profundo letargo de vicios.

Gran Dios! ¿y será posible que el cáncer horroroso de la impiedad y de la hipocresía enmascaradas con el título especioso de reforma, roa, destruya, devore, extermine este edificio augusto, que vos mismo fundasteis y constituisteis sobre las bases de la justicia y de la verdad eternas? ¿No prometisteis solemnemente que las puertas del averno jamas prevalecerian contra vuestra Esposa santa? Sí, católicos, lo prometió y lo cumplió. Si el Autor de esta obra inefable y divina, permitió á veces que su nave zozobrase y titubease combatida de las espumosas olas de la adversidad, jamas pudo permitir que fuese triste víctima del naufragio. Y si en todos tiempos se elevó triunfante en medio de las mas horrorosas persecuciones, nunca la verdad consiguió un triunfo mas completo, que en aquel siglo turbulento, en que, aglomerados contra ella innumerables errores bajo el solo nombre de la herejía albigense, parecian amenazar su mas completa ruína. ¿Y á quién pensáis fué debi-

do tamaño triunfo? No lo dudéis; á María. Aquella virgen sacrosanta que en todo tiempo fué por sí sola capaz de exterminar los errores que suscitaron contra la Iglesia santa los hijos de las tinieblas, en el siglo XIII tomó á su cargo vindicar de un modo singular su honor, ultrajado por las blasfemias que estos hombres impudentes vomitaban sin cesar contra su divina maternidad. Á este fin elige á un nuevo Otoniel, que mucho mejor que el de la antigua ley, libre á su pueblo, no ya de la opresion de un rey de Mesopotamia, sino del yugo ominoso del error y de la impiedad, cuyo imperio se extendia insensiblemente por todas las clases de la sociedad.

Aparécese María al ilustre Domingo de Guzman; inspírale la devocion del santísimo rosario; mándale que la predique á todos los pueblos como un antídoto contra el error, y promete á él y á los que adoptaran esta devocion santa, la mas benéfica proteccion: *Vade, prædica rosarium, nam ad convertendas hæreses est singulare præsidium.*

No es necesario mas; el siervo de María parte con la velocidad del rayo, recorre las provincias y ciudades, y no de otro modo que Moises, cuando peleaba Josué contra Amalec en el campo de Rafidim, ora en el monte, levanta las manos al cielo, se estrecha con Dios, le ruega, le insta, le aplaca; así Domingo, armado del *santo rosario* como de un broquel impenetrable, todo lo vence; á vista de esta insignia de honor y de santidad, los jefes del error abaten su orgullo, la herejía enmudece, sus abominables sectarios se turban, y los espíritus mas indóciles no pueden ménos de doblar su cerviz. Qué triunfo! Todo ello es obra de la incomparable virgen María; todo es fruto de la devocion al santísimo rosario. Y ved ya, católicos, el origen de esta festividad que hoy celebra la Iglesia santa en honor de la Madre del Verbo eterno. Reconocer los incalculables beneficios de que el universo todo es deudor á esta devocion, ya en nuestros dias tan generalizada por todos los ámbitos del orbe, é inculcarla y propagarla mas y mas en todas las clases de la sociedad, tal es el espíritu de la Iglesia nuestra madre. Animado yo de este mismo espíritu, he creído oportuno elegir este asunto por materia de mi discurso en esta mañana: asunto que no puede ménos de ser sumamente grato á los hijos de María santísima.

Por tanto, yo me concretaré á manifestaros que la devocion

al santísimo rosario, á quien el beato Alano no dudó llamar la reina de todas las oraciones (1), es la mas eficaz, al par que la mas autorizada de todas ellas, tanto por lo que es en sí misma, como por las gracias y dones celestiales que le están vinculados, y que benignamente se nos franquean. Lo haré en una breve y sencillísima reflexion, si para ello me ayudáis á implorar los auxilios de la divina gracia por la intercesion de aquella, á quien todos saludamos con el ángel: *Ave María*.

REFLEXION ÚNICA.

Formar un ramillete de las flores mas bellas y olorosas, y presentarlo á la persona á quien deseamos obsequiar, hé aquí una práctica bastante comun establecida en la sociedad, y la mas propia para estrechar sobremanera los vínculos de una amistad sincera y de una mutua reciprocidad. Del mismo modo tejer una guirnalda compuesta de los mas bellos elogios, de las prerogativas mas sublimes que forman el ornamento de la incomparable vírgen María, y ceñir con ellas sus divinas sienes; tal es á mi ver el obsequio mas digno y aceptable á los ojos de aquella mujer venturosa, á quien ya san Juan en su misterioso raptó vió circundada del sol, y coronada su cabeza de las mas refulgentes estrellas. Y ved precisamente lo que hacen los devotos de María santísima, cuando la obsequian con la devocion del santísimo rosario.

En efecto yo me imagino esta devocion santa como un jardin ameno, matizado de las mas bellas flores, por donde el devoto de María se pasea agradablemente, recogiendo la mas raras y peregrinas para presentarlas á su divina madre; flores cuya fragancia excede incomparablemente al cinamomo, al bálsamo, á la azucena, al incienso, á la mirra y á todos aquellos aromas, que tanto complacian á la esposa de los Cánticos. Allí el cristiano recorre con frecuencia las sendas y los caminos de la eternidad de Dios, segun la frase del profeta Habacuc (2); esto es, aquellos misterios que precedieron, acompañaron y siguieron á la encarnacion del Verbo en las purísimas entrañas de María; misterio que fué la obra de Dios por excelencia, como se expresa el mismo profeta, y realizada en medio de los años, esto

(1) *Alan. in Comp. Psalt. Virg.* (2) *Habac. c. 3. v. 6.*

es, como mas claramente lo dice el Apóstol, en la plenitud de los tiempos (1).

Allí, en aquellos místicos verjeles que forman las divisiones de este jardin ameno, de este paraíso de delicias, como llama al santísimo rosario un célebre orador de nuestro siglo, y en el que segun la bella expresion del mismo, el segundo Adán Jesucristo con su santísima Madre acude á la regeneracion espiritual del mundo; se halla repartida, con el mayor orden y simetría, la mas prodigiosa variedad de místicas flores, que no solo amenizan el alma del cristiano y encienden en ella con su meditacion el fuego de la caridad, sino que tambien producen en los que frecuentan esta devocion santa, los mas opimos frutos de honor, de honestidad y de vida eterna.

Así es, católicos; entra el cristiano en el primer verjel de este jardin misterioso, y allí se goza con María en su Anunciacion dichosa, cuando el embajador celeste la saluda llena de gracia y la aclama madre de todo un Dios. Allí acompaña á esta vírgen inmaculada en la visita que hizo á su prima santa Isabel, llenando con ella de gracia al santo precursor. Allí presencia lleno del gozo mas inefable el parto venturoso de María, y ve nacer al Unigénito del Padre en medio de las aclamaciones de los ángeles y de los hombres. Allí ofrece con los Reyes magos el oro del amor divino, el incienso de la oracion, la mirra de la mortificacion, y con los pastores presenta al recién nacido el holocausto de un corazon sencillo. Allí ve á María presentarse al templo y ofrecer en él á su Hijo para luz y remedio de los hombres, y trasportado de júbilo, como el anciano Simeon, exclama: *Señor, bien podéis librarne de los lazos de esta vida, porque mis ojos han visto ya la salud de Dios* (2). Allí en suma participa del gozo inexplicable que cupo á María santísima, cuando habiendo perdido á su infante Jesus en Jerusalem, le halló despues en el templo enseñando entre los doctores los indestructibles principios de vida eterna. Y ved aquí lo que se contiene en los misterios gozosos.

De aquí pasa el devoto de María á los misterios dolorosos, segundo verjel de este jardin divino, y que viene á ser para quien los medita, aquel monte de la mirra y el collado del incienso, en donde mejor que la esposa de los Cantares, puede

(1) *Gal. c. 4. v. 4.* (2) *Luc. c. 2. v. 29. et 30.*

exclamar : *fasciculus myrrhæ dilectus meus mihi* (1), mi amado es para mi alma un hacecito de la mirra mas amarga que se halla sobre la cima de los montes. En efecto allí contempla el alma á un Dios-Hombre en el huerto de Getsemaní, el cual, pegado su rostro con la tierra, ora amargamente á su eterno Padre, llora, suspira, solloza y riega el suelo con un mar de sangre. Allí anegado en lágrimas, sigue con paso lento las sangrientas huellas del Salvador, que oprimido con el peso de la cruz, ya cae, ya se levanta, ya desfallece en medio de las calles de Jerusalem. Allí ve al mas hermoso de los hijos de los hombres, despedazado con los azotes que el furor judaico descarga sin piedad sobre sus divinas espaldas. Allí ve al divino Salomón coronado, no ya como aquel otro rey de Israel, con la guirnalda que le tejó su madre en el dia de sus desposorios, sino con aquella corona de púnzantes espinas, con la que la ingrata sinagoga taladró sus divinas sienes en el dia de su ignominia. Allí acompañado del amado evangelista y de las santas mujeres, asiste á la muerte del que dió la vida al universo, y le ve espirar en medio de los mas acerbos dolores sobre la eminencia del Gólgota. Allí finalmente escucha sus últimos acentos, que son palabras de paz y de reconciliación; presencia el testamento en que los hombres quedan adoptados por hijos de María en la persona del amado discípulo; le baja de la cruz con Josef de Arimatea, y le rinde los últimos obsequios. Todo esto contempla el cristiano en los misterios dolorosos; y enajenado y extático á vista de tanta caridad, exclama tal vez con san Bernardo : Señor! nada me arrebatara mas en vuestro amor, que el amargo cáliz de la pasión que bebisteis por mí : *Est quod me plus accendit, calix quem bibisti, opus redemptionis nostræ* (2).

Pero al trasportarse el devoto de María al tercer verjel de este jardin ameno, ve de repente convertirse su dolor en el mas puro júbilo : medita los misterios gloriosos, y absorto á vista de tanta gloria, no puede ménos de decir con el Salmista : *Secundum multitudinem dolorum meorum in corde meo, consolationes tuæ lætificaverunt animam meam* (3); á medida que la muchedumbre de vuestros dolores me habian llenado de amargura, la abundancia de vuestra inefable alegría ha colmado mi alma del mas puro consuelo. Y cómo no, católicos? Allí ve el

(1) *Cant. c. 1 v. 12.* (2) *Bern. Serm. 20.* (3) *Psalm. 93. v. 19.*

alma devota á Jesucristo, verdadero leon de la tribu de Judá, que, vencedor de la muerte y del infierno, resucita triunfante y glorioso, y aparece á su divina madre para consolarla de sus pasadas penas. Allí como los varones de Galilea, se extasia al ver á este ilustre conquistador que, cargado de innumerables trofeos, hiende los vientos, rompe las nubes, y á la cabeza de una corte brillante de espíritus bienaventurados penetra hasta el empíreo. Allí, como los apóstoles en el cenáculo, ve descender el Espíritu consolador en lenguas de fuego, para comunicarles la ciencia mas sublime é inflamarlos en el amor divino. Allí contempla el dichoso tránsito y apacible muerte de la divina Madre, y la ve remontarse al cielo, reclinada en el brazo de su Amado, cual varita de humo que exhala los mas exquisitos perfumes. Allí en fin ve con admiración y asombro cómo toda la Trinidad beatísima la corona por reina y emperatriz soberana de cielos y tierra, escogiéndola el Padre por hija predilecta, el Verbo por madre amabilísima, y el Espíritu santo por esposa agraciada.

Todo esto, amados míos, se incluye en la devoción del santísimo rosario; por manera que ella viene á ser para el devoto de María santísima como un compendio de la vida de Jesucristo y de los excesos de su amor, semejante á aquel carro de Salomón, en cuyo techo (segun comenta un sabio expositor) estaba pintada la historia de su amor tierno para con su esposa.

Ahora bien ¿qué ocupación mas digna de un cristiano amante de María? qué obsequio mas aceptable á sus divinos ojos? qué oración mas eficaz y propia para atraer sobre nosotros sus celestiales dones? Esto solo sería suficiente para probar hasta la evidencia la verdad de mi aserto, cuando dije ser la devoción del santísimo rosario la mas eficaz, al par que la mas autorizada, de todas las devociones. Pero aún me concreto mas y digo, que si esto es así en razón de los augustos misterios que en ella se meditan y contemplan, no lo es ménos en razón de las partes de que se compone esta mística guirnalda, que ofrecemos á nuestra amabilísima madre María.

Y en efecto, en ella entretejemos y enlazamos la oración dominical con la salutación angélica; y ¡cuán sublimes misterios, cuán bellos elogios no se hallan encerrados en estas dos oraciones! No hablaré con extensión, católicos, de la primera, á la que Tertuliano llama un evangelio compendiado, y que co-

mo nadie ignora, es la misma que Jesucristo enseñó á los apóstoles, cuando le pidieron que les enseñase á orar (1). Baste decir que cuando rezamos esta oracion, repetimos las mismas palabras de Jesucristo, lo cual basta por sí solo para formar su elogio. En ella llamamos á Dios *Padre nuestro*, y por consiguiente nos reconocemos hermanos de Jesus, y de aquí, segun el Apóstol, herederos con él de la eterna bienaventuranza (2). Reconocemos que su trono reside *en los cielos*, de donde, cual verdadero sol de justicia, ilumina á los hombres que habitan en una tierra tenebrosa y cubierta de las sombras de la muerte. Deseamos que *su nombre*, que es eterno segun David (3), sea el objeto de las alabanzas del cielo y de la tierra, y que *sea santificado*, esto es, acatado, reverenciado y amado de todas las criaturas. Miramos con desprecio todo cuanto un mundo tirano y seductor puede prometernos, y solo ansiamos aquel reino celestial, que es en frase del Salmista, el reino de todos los siglos (4), aquel reino de Dios, que en sentir del Crisóstomo venció todos los reinos de la tierra; y por eso decimos, *venga á nos el tu reino*. Pedimos que en toda ocasion y en todo tiempo se cumpla la voluntad de Dios en la tierra, así como en el cielo la hacen los ángeles y bienaventurados á fin de que así como ellos ejecutando sus órdenes divinas, reinan en el cielo, del mismo modo nosotros reinemos tambien en la tierra, puesto que segun la valiente expresion de san Agustin, servir á Dios es reinar: *Servire Deo regnare est*.

El Profeta rey gemia inconsolable, porque su corazon se hallaba marchito y lleno de aridez, por haber olvidado comer el pan de la oracion que le servia de alimento (5): nosotros tememos experimentar estos mismos efectos en nuestra alma, y para evitarlos pedimos al Señor *el pan nuestro de cada dia*; esto es, el sustento espiritual y corporal, á fin de no desfallecer en las tortuosas sendas de esta vida sembrada de los punzantes abrojos de la adversidad. *Perdónanos nuestras deudas*, exclamamos. Ah! y de cuántos beneficios somos deudores á la divina Providencia! Si no hemos sido consumidos con el fuego de su indignacion y arrojados para siempre en el averno; si todavía podemos adquirir la vida eterna, todo ello es un puro efec-

(1) *Luc. c. 11.* (2) *Rom. c. 8. v. 17.* (3) *Psalm. 134. v. 13.*

(4) *Psalm. 144. v. 13.* (5) *Psalm. 101. v. 5.*

to de las misericordias infinitas de aquel que es rico en piedad y Dios de toda consolacion (1). Pero como es imposible conseguir el perdon de nuestras culpas sin perdonar á quien nos ha ofendido, ofrecemos al Señor el perdon de las injurias, y le decimos: *así como nosotros perdonamos á nuestros deudores*. En suma en el golfo tempestuoso de este mundo las espumosas olas de las tentaciones nos circuyen y combaten por todas partes. Á do quiera que tendamos nuestra vista, no vemos sino escollos y precipicios. Á dónde pues acudiremos? á quién invocaremos? Á Dios; á quien así como los apóstoles clamaban sin cesar: *Domine, salva nos, perimus* (2), del mismo modo nosotros no cesaremos de repetir: *no nos dejes caer en la tentacion, mas líbranos de mal, amen*. Católicos, ¿puede darse una oracion mas misteriosa, mas sublime, mas autorizada?

Pasemos ahora á la salutacion angélica, en la cual se halla epilogado todo cuanto puede decirse de grande, de magnífico, de sublime, en obsequio de María, pues en ella confesamos los mas inefables misterios, y practicamos los actos mas heroicos; en ella hacemos una pública protestacion de nuestra fe, y manifestamos nuestra sincera adhesion á los principios fundamentales de nuestra Religion sacrosanta. El hereje protervo tiembla y se estremece al oír esta oracion, que es una vindicta pública de sus venenosos errores, y la Fe y la Religion de Jesucristo se ostentan triunfantes de sus encarnizados adversarios.

Así es: el impío Calvino no quiere que saludemos á María con las palabras del ángel; pero nosotros oponiéndonos á este error tan grosero como impudente, repetimos sin cesar, *Dios te salve*, alegrándonos con el embajador celeste, cuando le reveló que sus obras eran agradables á Dios, y que acababa de concebirse en su vientre el hijo de Dios, quien la habia elegido por madre entre todas las hijas de Sion. *María*, añadimos; y al pronunciar este nombre sacrosanto, que el ángel no osó preferir al principio por reverencia, confesamos de ella las mas sublimes grandezas, pues es como si dijéramos: ;Dios te salve, medianera eficacísima entre un Dios ofendido y los hombres delincuentes; que mas prudente que la antigua Abigail, supiste aplacar la justa ira, no de un David irritado, sino de un Dios, cuyo brazo robusto y vengador estaba ya para descargar el gol-

(1) *II. Cor. c. 1. v. 3.* (2) *Matth. c. 8. v. 25.*